4070

ILDEFONSO MAFFIOTTE

En litigio está el amor

POEMA ESCÉNICO
EN UN ACTO Y EN PROSA
ORIGINAL

TALLERES TIPOGRÁFICOS
SUCESOR DE M. CURBELO

13

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/enlitigioestaela3271maff

EN LITIGIO ESTA EL AMOR

ILDEFONSO MAFFIOTTE

EN LITIGIO ESTÁ EL AMOR

POEMA ESCÉNICO
EN UN ACTO Y EN PROSA
ORIGINAL

TENERIFE
1920

Escrito este amargo poema de amor y desesperanza, para una Fiesta de Caridad, lo llevaron a la escena, primorosamente,—y gracias a ellas tuvo un éxito feliz e inmerecido—, las gentiles señoritas Carmen Polo y Hortensia Ferrer, que unen a la aristocracia pura de su estirpe, la gracia plena del espíritu, como una herencia inmortal.

Después, Rosario Pino, la comedianta gloriosa del arte excelso y los ojos fascinadores, incorporó a su repertorio "En litigio está el amor", haciendo ella y Carlota Pazo—la adorable ingenua—, con el divino prodigio de su interpretación, el milagro de tornar amables el dolor y la pobreza del vulgar poema.

A unas y otras, eterna gratitud.

El Autor.

SE ESTRENÓ EN EL "TEATRO MUNICIPAL"
DE SANTA CRUZ DE TENERIFE
EL 6 DE JULIO DE 1920

REPARTO

Personajes	Actores
ROSARIO . . .	*Rosario Pino*
CARMEN . . .	*Carlota Pazo*
CARLOS . . .	*José Alegre*

670146

ACTO ÚNICO

Jardín frondoso, cuya umbría estará constelada de rosas blancas y bermejas. En primer término derecha del actor, banco y sillas rústicos. Carmen vestirá un albo traje, casi infantil. Rosario, uno rojo, obscuro y serio.

ESCENA PRIMERA

CARMEN, CARLOS

(Carmen, con un precioso libro en las manos, entrará en escena, por lateral derecha, de espaldas, mientras simula que despide a alguien a través de la verja. Carlos, casi a un tiempo, vendrá abstraído en la contemplación de las rosas, del fondo izquierda.)

CARMEN

Adiós, adiós... (*Pausa*) ¿Cómo?... (*Pausa*) No; me quedo. Prefiero leer a mi poeta; a mi Carlos Ariel, el divino... Sí, sí,

Carlos Ariel: el único que ha logrado, hasta ahora, tocar mi corazón... (*Pausa*) No, nada de eso... Adiós, adiós... (*Volviéndose y sorprendida al advertir la presencia de Carlos*) ¡Ah!...

CARLOS

Perdóneme usted, señorita; perdóneme usted. Mi primer impulso, al verla, fué el retroceder; pero... dijo usted unas cosas al despedirse de sus amigas, que...

CARMEN

No tiene usted por qué darme excusas, caballero. Es especial interés de mi hermana el que los transeuntes, sobre todo si son extranjeros, visiten el jardín de la Villa...

CARLOS

De todas maneras, se ha sorprendido usted; acaso se haya enojado...

CARMEN

¡Oh, no!...

CARLOS

Reconozco que ha sido un atrevimiento el haber llegado hasta este lugar, que parece el más íntimo, el más recogido y familiar del parque...

CARMEN

Y yo insisto en que debe ahorrar usted esas excusas. Me he sorprendido, es verdad: así, tan de mañana, no esperaba... Me permitirá usted que me retire y avise al jardinero para que le acompañe y oriente en su paseo.

CARLOS

No; no hace falta. Fué el jardinero quien me franqueó la verja, y yo quien le rogué que me dejase vagar solo por el encanto de estos jardines... Lo que no me dijo, ni yo le pregunté, es cierto, es que estuviese habitada la Villa por ahora.

CARMEN

Sí; hace unos años, desde la viudez de mi hermana, vivimos aquí.

CARLOS

¿Cómo? ¿Viuda ya esa hermanita, siendo tan bella y tan joven? ¡Qué pena!

CARMEN

(*Con extrañeza*) ¿La conoce usted?

CARLOS

No... pero es usted, es su gozosa juventud y su belleza admirable, lo que me hace adivinarlo así.

CARMEN

Es usted muy galante, caballero. Lo agradezco y... me retiro. Permítame usted...

CARLOS

No; se lo ruego: aguarde un momento nada más.

CARMEN

Es que...

CARLOS

Sí; comprendo; comprendo que no sería discreto, socialmente discreto; pero ha sido una sorpresa tan grata, tan inefable, el haberla encontrado a

usted aquí, entre estas flores, que me atrevo a rogarle el favor de unos instantes...

CARMEN

Usted dirá...

CARLOS

Nada... Es un capricho, una curiosidad pueril... Quisiera saber qué libro es el que ahora acarician esas manos como lirios y que se disponían a leer esos ojos como estrellas... Ese, ese que lleva usted.

CARMEN

Se llama como esta quinta: «La Villa de las Rosas»... Versos de Carlos Ariel.

CARLOS

¡Ah!... Me pareció haber oído antes que era su poeta favorito...

CARMEN

Sí; mi único poeta... (*Sonriendo*) ¿Quiere usted saber más?

CARLOS

También quisiera saber, aunque usted se ría, si es ese, entre todos los libros de Ariel, el preferido.

CARMEN

Sí, este es. ¿Lo conoce usted?

CARLOS

Mucho... sin casi haberlo leído. Como conozco esta Villa, sin jamás haber estado en ella.

CARMEN

¿Y cómo se pudo producir tal prodigio? ¡Es raro!

CARLOS

No. Han sido referencias y relatos amistosos. Por eso rehusé la compañía del jardinero; porque me sé de memoria la quinta: Hacia allá cae el cenador; allí está la alberca; la gruta hacia este otro lado...

CARMEN

Cierto...

CARLOS

¿Está todavía la Virgen de Lourdes en la gruta?

CARMEN

Sí: es la predilecta de mi hermana, y la mía.

CARLOS

También la mía.

CARMEN

Tiene una historia tan candorosa, tan sencilla, ¿verdad?

CARLOS

Una balada encantadora, sí, señorita.

CARMEN

Una balada, en efecto, le dedica Carlos Ariel en este libro.

CARLOS

Un poco falsa; porque la gruta, en la Villa de las Rosas, no es tal como él la describe.

CARMEN

También es cierto. Pero, ¿cómo ha podido usted saber..., quién le ha dicho...?

CARLOS

Hace ya tiempo, diez o doce

años cuando menos—¡debía usted ser muy niña entonces!—, tuve un... amigo, un amigo del alma, que durante muchas tardes y muchas noches de íntimas confidencias, me describió detalladamente la Villa. Fué allá, en tierras neblinescas y frías del Norte, donde la visión risueña y soleada de la patria, parece que se recibe con más precisión, con más fuerza corpórea. Y allí, donde he vivido siempre, he sentido siempre también un secreto anhelo de visitar estos jardines que tanto amé de lejos, y que ahora, una vez en ellos, amo doblemente, por haberme dispensado esta hospitalidad tan cordial y grata, en la cortesía y la gracia de su más fragante rosa...

CARMEN

Veo que no ha olvidado usted la galantería española, en esas tierras heladas... Y, dígame: ¿ha sido muy largo el destierro?

CARLOS

Muy largo y muy triste.

CARMEN

No volverá usted a ausentarse, ¿verdad?

CARLOS

No sé... El alma andariega me arrastra. Mi destino es ese, siempre ese, hasta que la llama del espíritu, como un viajero romántico, se apague y muera en la desolación de una estepa nevada. Yo también, como su Carlos Ariel, el poeta, soy un desterrado hijo de la tierra...

CARMEN

¿Conoce usted al poeta; le ha visto alguna vez?

CARLOS

Ni él mismo se conoce, señorita... ¡No es ya ni la sombra de lo que fué!

CARMEN

¡Cómo! (*Asaltada de una súbita idea, abre nerviosamente las primeras páginas del libro, y mira alternativamente a Carlos. Pausa.*)

CARLOS

Va a ser un poco difícil la comprobación... De ese retrato, hace ya más de diez años...

CARMEN

¡Ah! Pero, ¡era usted? ¡Usted!... ¡Carlos Ariel!...

CARLOS

¡Sí!...

CARMEN

Y yo que había dicho!... ¡Qué vergüenza!

CARLOS

No: ¡qué honra, que orgullo para mí!

CARMEN

Debió usted decirme en el acto con quien hablaba.

CARLOS

Es esa una falta más que he cometido: perdóneme...! Yo quise venir a la Villa de las Rosas, desconocido para todos y para mí mismo. Sintiendo, viviendo solo, como allá en lejanía, ese libro que inspiraron las palabras de... un amigo. Sin em-

bargo, ya usted ve: un solo momento de emoción, la intensa emoción que usted ha despertado en mí, me ha vendido.

CARMEN

¿Es verdad, entonces, que no ha estado usted nunca en la Villa?

CARLOS

Nunca: es esta la vez primera... (*Pausa, durante la cual se miran fijamente. Transición.*) Vuelvo a rogar a usted que me perdone, señorita... Perdóneme y... ¡adiós!

CARMEN

¿Se marcha usted... así?...

CARLOS

¿No quiere usted que me vaya?

CARMEN

(*Confusa*) No; no es eso... No sé lo que digo, por Dios.

CARLOS

Lo dicen sus ojos, más que las palabras; lo dice el temblor de sus labios, su turbación...

CARMEN

Estoy turbada, sí; desconcertada. Me ha sorprendido usted—pero, no; no de esa forma que usted imagina.

CARLOS

Yo no imagino nada, señorita. Sólo puedo juzgar de usted por lo que sé de mí; por lo que en mí mismo siento ahora...

CARMEN

Es que yo creía que el autor de "La Villa de las Rosas" de-

biera entrar aquí con más honores, y envuelto en una aureola digna de él, de su obra. Pero...

CARLOS

Jamás he podido soñar más alto honor que el de escuchar lo que he escuchado de sus labios, ni puede haber aureola comparable a la que, al mirarme, prende en torno a mi cabeza la luz de esos ojos...

CARMEN

Galante siempre.

CARLOS

Y siempre desventurado... Adiós, señorita. No me diga usted su nombre; no quiero saberlo... Que esa ignorancia mía acompañe siempre su recuerdo, como un testimonio más de lo

imposible de este anhelo que ahora siento. Adiós... Antes de irme, sólo quiero saber una cosa, una sola... ¿quién puso en sus manos ese libro?

CARMEN

Nadie. Ha sido un hurto... Mi hermana...

CARLOS

¡Ah!

CARMEN

...lo guarda como un tesoro; lo esconde a mis miradas; me lo ha prohibido muchas veces. Pero yo he logrado descubrir el escondrijo, y casi a diario lo robo unos instantes y vengo a hurtadillas a leerlo...

CARLOS

¿Su hermana de usted es viuda, según me dijo?

CARMEN

Sí: casó muy joven, hace ocho años, y el esposo murió al año de haber casado.

CARLOS

Es un dolor... ¿Se quisieron mucho?

CARMEN

Nada... No debiera decirlo; pero es la verdad. Yo creo que fué el dolor de un gran desengaño, lo que precipitó a mi hermana, en ansias de olvidar, a ese matrimonio. Muchas veces lo escuché de labios de mi madre. Ella casó con la misma excitación febril, con la renunciación y el heroismo de quien se suicida. Y todo ocurrió al regreso de un largo viaje al extranjero, con mi padre, siendo

yo muy niña todavía. Parece que ese viaje cambió de una manera radical su carácter: se tornó grave, triste, taciturna... (*Transición.*) Pero... ¡qué tonta! ¡Gran cosa importarán a usted estas historias de familia!... Ahora, perdóneme usted.

CARLOS

No; siga, siga... Me encanta oirla; me consuela...

CARMEN

Hablemos, si usted quiere; pero de otra cosa.

CARLOS

Bueno. Lo que quiera usted.

CARMEN

No; usted dirá: de todo, menos de eso.

CARLOS

Es un hechizo, un embrujamiento lo que me retiene aquí. Quiero irme, y no acierto a irme; quiero hablar, y no sé, no puedo hablar.

CARMEN

¡Cómo es posible? Usted, el de las mágicas palabras; el de las divinas palabras de este libro!... No se burle usted.

CARLOS

Dígame... ¿cuál es, de ese libro, su poema preferido?

CARMEN

Todos lo son de igual manera; pero hay uno: este (*lo busca*) este, que me parece el más hermoso: "En litigio está el amor".

CARLOS

¿De veras?... Pues es el más desconsolador, el más triste...

CARMEN

¿Qué importa la tristeza, cuando está empapada de ternura y de lágrimas de amor? No debe haber nada más dulce que esas lágrimas, ni más alegre que la tristeza del cariño...

CARLOS

¿Y encuentra usted esa rara alegría en mis versos?

CARMEN

Sí; pinta usted el infinito amor de dos hermanas hacia un poeta, y el poeta las ama infinitamente a las dos... Increíble parece; pero lo dice us-

ted de una manera, que es, absolutamente es así.

CARLOS

Créalo usted siempre. Esta diversidad y esta insaciable sed de amores, es lo que hace imposible el amor para el poeta... En todos los amores, el poeta arde y se quema: por eso no hay un solo amor verdadero para él...

CARMEN

¡Calle usted!... Parece que mi hermana se acerca... Sí; por allá viene. No sería prudente que nos viera juntos: márchese usted; pero...

CARLOS

Sí; pero... no me iré.

CARMEN

Bueno... Haciéndose luego

el encontradizo... bueno. Mas, ahora, aléjese usted, por Dios; aléjese usted.

CARLOS

No acierto a alejarme; se lo juro... Prométame que su pensamiento habrá de unirse a mi vagar por esos jardines...

CARMEN

¡Sí!...

CARLOS

¡Gracias!...

(Se va Carlos por la derecha, y, mientras Carmen queda abstraída, se le ve reaparecer por el último término, y ocultarse tras un árbol del fondo. Hay una pausa y una grávida quietud, como si el silencio estuviera poblado de pensamientos e interrogaciones.)

CARMEN

(*Sola.*) Esa insaciable sed de todos los amores, hace imposible el amor para el poeta...

En todos los amores, arde y se quema, sin que haya un amor verdadero para él...

ESCENA SEGUNDA

ROSARIO, CARMEN.

CARLOS (oculto)

(Se oye la voz de Rosario, por la izquierda, antes de llegar a escena.)

ROSARIO

Carmen, Carmen... nenita, ¿dónde estás?

CARMEN

Aquí, Rosario. Estoy sola aquí.

CARLOS

(*Aparte y oculto.*) ¡Santo Dios! ¡¡Es ella!!

ROSARIO

¿Qué te pasa, nena? Te en-

cuentro pensativa y grave: parece que no estás en tí...

CARMEN

Sí lo estoy, hermana; acaso más que nunca lo estoy ahora.

ROSARIO

No. A tí te ocurre algo... Dímelo; sé buena.

CARMEN

Nada, nada...

ROSARIO

¡Oye... y ese libro? A ver...

CARMEN

(*Ocultándolo tras la falda*) ¡Ah!

ROSARIO

A ver; a ver...

CARMEN

No; déjalo, Rosario; déjalo.

ROSARIO

Quiero verlo... Debo verlo. Enséñamelo. Ven.

CARMEN

No me riñas, hermana... no me riñas.

ROSARIO

(*Tomándole el libro.*) Pero, ¡cómo te has atrevido? ¿Quién te autorizó para cogerlo? ¡No sabes, loca, que no quiero que leas esto!

CARMEN

¿Pero qué hay de malo en leer unos versos tan bellos?

ROSARIO

Eso: lo bellos que son.

CARMEN

Son tan hermosos, tan hermosos!

ROSARIO

Son un veneno.

CARMEN

Hermana: ¿cómo puede ser un veneno lo que es una caricia y un deleite?

ROSARIO

Calla, infeliz; inocente, calla. El veneno más terrible es ese que sabe a miel.

CARMEN

No te comprendo, hermana; no sé por qué me dices esas cosas.

ROSARIO

Ojalá no lo comprendas nunca. Pero ten por seguro que si la fatalidad trajera a tu lado al autor de esos poemas... terribles, le amarías. ¡Todas las

mujeres aman a su poeta favorito, mientras tienen tus años!

CARMEN

¿Y qué mal podría haber en ello, si el poeta me amara también?

ROSARIO

¡Qué dices! ¡Desdichada, qué dices?... Hermanita mía, no sueñes, no delires. Los poetas no aman nunca; los poetas no saben de amor.

CARMEN

¿Y cómo lo cantan?

ROSARIO

Los poetas cantan todo lo que ignoran... Y, créeme: el verdadero amor no admite cántigas ni lirismos; el verdadero amor es recogido y silencioso;

tan íntimo, tan callado y tan nuestro, que hasta las lágrimas que causa, no salen a los ojos...

CARMEN

Hermana, ¿por qué me hablas así; por qué me martirizas?

ROSARIO

Los poetas, como las abejas, rumorosos, laboriosos, con una constancia egoísta para ellos, y una terrible inconstancia para las víctimas de su amor, liban por igual en todas las flores, y vuelan luego, con la dulcedumbre robada entre los labios, sin apreciarla ni gustarla, para aumentar con ella el panal de la armonía del mundo. No quieren para sí el alma que quitan a las flores. Y ese a ma-

nera de altruismo inconsciente, que pudiera redimirlos, antes los condena que los salva, porque siempre envuelve la injusticia de una crueldad o el horror de un crimen.

CARMEN

Calla, hermana; Rosario, calla...!

ROSARIO

No; no quieren nada para sí los poetas, en fuerza de quererlo todo. A ese panal de la armonía del mundo y a esa fulgente gloria que sobre él se plasma, todo lo sacrifican: los sentimientos, los cariños, los secretos... ¡lo sagrado, lo nuestro! De cada dolor de mujer—de cada ruindad que cometen—, hacen motivo artificioso pa-

ra sus rimas... ¡Oh! cree tú que si todo lo que ese libro dice, fuera sincero... ¡no lo diría!

CARMEN

Calla, calla, que me angustias...!

ROSARIO

Cierto que el mundo, agradecido y sublimado por ese raudal de armonía que se le brinda, bendice y exalta a los poetas; pero pregunta tú a las flores, a las pobres y humildes flores, que entregaron toda su dulzura y su pureza, confiadas y alegres, creyendo ser cada cual la preferida, si hoy, marchitas ya por el sacrificio hecho, mueren contentas en el abandono y el olvido...

CARMEN

¡Rosario, no sigas, por Dios... que ese hombre ha estado aquí!... ¡aquí ha estado el poeta, y ya debe haberse ido para siempre!

ROSARIO

¡Dios mío! ¡Carmen, qué dices?... (*Pausa. La toma en el consuelo de sus brazos*) ¡Ah, el poeta de las palabras inefables, de los dulces engaños, de los mentidos amores: ya libaste en otra flor!

CARMEN

¡Se ha ido, Rosario; se ha ido!

CARLOS

(*Saliendo*) No.

CARMEN

¡Carlos!

ESCENA TERCERA

CARLOS, ROSARIO, CARMEN.

(Ante la emoción de las hermanas, Carlos, trémulo, canta el renunciamiento del único amor, imposible.)

CARLOS

Has dicho bien en lo que has dicho, Rosario. Y es esa nuestra mayor y más amarga desventura: que en fuerza de amarlo todo, vivimos sin un amor.

ROSARIO

Vete, Carlos; vete.

CARLOS

Amamos, sí; amamos inmensamente; como en un vértigo infinito, nos entregamos al amor de todos los colores y todos los sonidos, de todas las mujeres, de todas las razas y

todas las religiones... Pero el amor, el único amor, nos falta...

ROSARIO

Vete: ten piedad (*Por Carmen.*)

CARLOS

¡Pobre niña!... Adiós, Rosario... ¡Qué insensato este paseo romántico a la Villa de las Rosas, al motivo de ese libro que tú inspiraste, en el ansia de pasear nuestro amor por el encanto de estos jardines!... Por rememorar tu cariño, encontré otro que se encendía de pronto en el alma y... ¡que ha de morir también!

ROSARIO

Vete: te lo ruego, Carlos...

CARLOS

Adiós... No me culpes a mí

de todo. Acuérdate de lo que dijo aquel otro gran poeta, el divino verdadero, cantando la diversidad, sirena del mundo:

Que la rosa blanca y la bermeja
sean iguales para mi deseo, y todos
los amores para mis amores...
¡Porque yo soy quien ama!

ROSARIO

¡Supremo egoísta: vete!

CARLOS

Adiós, Rosario... Querida niña, ¡adiós!... Perdón, perdón y olvido para el poeta que no supo de amor, por amar demasiado... ¡Adiós!

(Se va, por foro izquierda. Hay una pausa. La emoción de las hermanas es intensa, comunicativa y desoladora. De entre los trémulos pétalos de la rosa blanca y la bermeja, ha salido, volando, el amor.)

CARMEN

(Sollozando, se arroja en

brazos de Rosario) ¡Hermana... hermana...!

ROSARIO

¡Ven a mí!... ¡Llora, infeliz, llora! (*Llora también Rosario. Y luego, dominándose*) ¡Pobrecita rosa blanca!... ¡Pobrecita!... ¡Pobrecita!

TELON

AL CERRAR

Por Antonio Zerolo

ILDEFONSO MAFFIOTTE

¿Quién te enseñó, poeta de la prosa,
ese lenguaje mágico y sonoro,
todo luz y color, do esplende el oro
de una imaginación rica y fogosa?

Con pluma cada vez más primorosa,
das a la frase artístico decoro.
¡Oh, la forma del arte!... Yo la adoro;
tú la conviertes en esclava hermosa.

En tus escritos hay tanta riqueza
de galas de expresión, que en la florida
edad, la gloria a sonreirte empieza...

¡Bien mereces la fama apetecida,
porque sabes hacer de la Belleza
el ideal supremo de la vida!

Antonio Zerolo

FUÉ IMPRESO ESTE POEMA EN LOS TALLERES
TIPOGRÁFICOS DE SUC. DE M. CURBELO
DE LA CIUDAD DE LA LAGUNA,
EN EL MES DE MAYO DE
1921

ES PROPIEDAD DEL AUTOR. QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

DEL MISMO AUTOR

Arrorró, drama en tres actos. Se estrenó el 21 de Mayo de 1919.

Lo que redime, comedia dramática en tres actos. Se estrenó el 18 de Junio de 1920.

Sin un grito, drama en dos actos.

Como réprobos, comedia en tres actos.

Sor María de la Tentación, drama en dos actos.

EN PREPARACIÓN

El sedimento de las horas, (Crónicas).

¡No! (Dietario íntimo de un joven intelectual. Novela).

PRECIO:
UNA
PESETA